

El Baluarte

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 170

Sevilla—Miércoles 29 de Julio de 1903

AÑO XXVII

LAS RELIGIONES

3.º

EL BUDISMO

Por la religión de *Brama* el sacerdote estaba vinculado en las clases elevadas y era hereditario. *Budda* combatió este privilegio dando acceso á dicho sacerdocio á todas las castas.

La práctica de la nueva doctrina se reducía á la *caridad*, á la *lectura* y á la *meditación*. Las conversiones se multiplicaban y los *Bramanes* se opusieron á ello con todo su poder, sublevando á los indios contra los nuevos sectarios.

Un *Brama*, apellidado *Bestta*, se puso al frente del alzamiento y mandó degollar á cuantos simpatizasen ó practicasen el *Budismo*, especialmente á las mujeres y á los niños. Fueron entonces los *Brama*, respecto á los *Buddas*, lo que fueron los *Católicos* cuando las *Crusadas*, cuando los *Abigensés*, cuando los *Hugonotes* en Francia, y cuando la vuelta de Fernando y el carlismo en España. Y para que la semejanza fuese completa, tenían también los *Bramas* los sacrificios humanos, similares á nuestra *Santa Inquisición*. Si bien no eran tan ladrones como los católicos, pues no se apoderaban de los bienes de sus víctimas, como aquí se ha hecho hasta la pérdida de Filipinas.

Abolido por *Budda* el privilegio de castas, se creó la jerarquía de un gran *Patriarca* (un Papa), el cual no sólo es representante de *Budda* en la Tierra, sino que es *Budda* mismo, pudiendo aspirar á tan alta representación todos los sacerdotes.

Las diferencias esenciales entre la religión vencida y la vencedora son:

Crean los *Bramanes* que ciertos hombres pueden llegar á ser Dios, y ven en todo la acción del Omnipotente. Dios en continuo movimiento y *Visnú* su Verbo.

Los *Budistas*, por el contrario, creen en un Dios, invisible é incorpóreo, encarnado en los hombres, en los animales, en las plantas y en cuanto existe. Y de aquí que, en su fanatismo, sean tan caritativos y que se den casos de morirse de hambre, y hasta dejarse matar por las fieras, por no agredir á Dios, á quien creen en constante reposo, y á *Budda* su Verbo. En todo transeunte, especialmente extranjero, ven á *Budda*.

El *Budismo* no admite sufragios por los fallecidos, cosa á que dan gran importancia los *Bramanes*.

El clero *Budista*, llamado *Talopuinos*, es célibe, vive en comunidad y tiene la *exclusiva de la enseñanza á la juventud*. Con lo cual, y con las limosnas que recibe, atiende á sus necesidades, á las de los transeuntes, sin tener en cuenta su religión, y á las de sus feligreses pobres.

Trescientos años después, según la tradición, el *Budismo* estaba dividido en 18 sectas.

En una obra *Budista*, titulada *Mahabarata*, nombre que significa "peso de la Verdad", por haber vencido, puesta en balanza, á los cuatro *Vedas* (Evangelios de *Brama*), se refiere la venida de *Budda* al Mundo del modo siguiente:

Bischitrabiri, rey de *Astinapur*, descendía en 7.º grado del santo rey *Barata*. Dejó al morir dos hijos; el mayor, llamado *Ditrarastra*, era ciego y, por lo tanto, heredó la corona el menor, de nombre *Pandú*. Murió éste y le sucedió *Ditrarastra*, el ciego.

Los hijos de *Pandú* reclaman sus derechos, estalla la guerra y, vencidos y quemadas sus viviendas por los *Ditrarastras*, huyen, atraviesan el desierto y se establecen en *Cumpela*, cuyo rey les dió hospitalidad. Pero envidioso *Ditrarastra* de la prosperidad creciente del rei-

no de *Cumpela*, debida al valor, nobleza y sabiduría de sus sobrinos, los *Pandús*, les ofreció compartir con ellos el reino de *Astinapur*. Volvieron los proscriptos y se hicieron cargo de la mitad del reino que les ofreció su tío.

Pero éste, de mala intención y gran jugador de ajedrez, propuso á sus sobrinos jugar la posesión del reino en 100 partidas. Perdieron los *Pandús*, merced á las trampas de *Ditrarastras*, y tuvieron que refugiarse otra vez en el Desierto.

Estremecida la Tierra, y en forma de ternera, acude á *Visnú* y le suplica ponga bien á tanta depravación en el Mundo y reintegre á los *Pandús*.

Visnú, de acuerdo con su padre, el Dios invisible, grande y misericordioso como él, resuelve bajar y encarnar en una *virgen*, bajo el nombre de *Crisna*, para redimir á los hombres.

Los enemigos del regenerador *Crisna* saben su nacimiento y mandan degollar á todos los niños del reino, de cuya matanza se salva *Crisna* portentosamente.

Aún en mantillas hizo *Crisna* muchos milagros. Jugó con las serpientes, venció gigantes y mató monstruos. Vivió entre pastores ayudándoles en sus tareas y tomando parte en sus juegos. Tocando la zampoña amansaba las fieras y deleitaba á las pastorcillas.

MERCURIO.

Madrid, Julio, 1903.

Murmuraciones

Dícese que el Sr. D. Joaquín Costa será recluido en la Cárcel Modelo por haberse atrevido á escribir una carta que tantos aplausos ha conseguido en España entera.

Celebraré que esa amenaza se cumpla.

Tengo ganas de ver en la cárcel, ó en las cárceles españolas, á nuestros primeros pensadores.

Para que de una vez le demos la razón á Alejandro Dumas por aquello que dijo de nuestros abuelos: "El Africa empieza en los Pirineos".

Y diremos con D. Joaquín: —¡Nos vamos africanizando!

¡Qué gran alegría si llevaran á la cárcel á D. Joaquín Costa!

España, entonces, comenzaría á despertar del letargo en que ha estado sumida, y es posible que hasta las piedras de las calles se levantaran en señal de protesta.

Y digo las piedras, y no digo los adosquines, porque éstos están colocados en los ministerios y demás centros oficiales de la monarquía católico-apostólica española.

El Gobierno del Sr. Villaverde ha encontrado, después de gran rebusco, un alcalde para el Ayuntamiento de Madrid.

Este se llama el marqués de Lema. Y como lema, según dice un periódico de la Corte, lleva lo siguiente:

"Lema no sabe nada de Madrid, ni Madrid le importa nada. Es un cortesano, no un madrileño, aunque haya tenido la comodidad de nacer en Madrid.

Es un intruso en la Casa de la Villa, un entrometido, un cuerpo extraño. Es el alcalde del rey, no el alcalde del pueblo madrileño."

Ya está recomendado como ustedes ven.

Ahora falta saber lo que son, lo que significan los alcaldes de real orden.

Verán ustedes:

"Los alcaldes de real orden suelen ser de oficio, títulos tronados á quienes se envía al Ayuntamiento, como se mandaba á las Indias á sus antepasados, ó de lujo; marquesitos almibarados, tontos de capirote, que se pirran por presidir, contoneándose y mirando á los balcones, las procesiones religiosas y la cívica del 2 de Mayo; y se inflan y ufanan cuando en los lunes clásicos ocupan el palco municipal del teatro Español."

A ese párrafo le quitamos todo lo que tiene de madrileño y de títulos tronados,

nos quedamos con todo lo demás, lo meñamos un poco, le untamos con *cold-cream*, y... tenemos un alcalde de Sevilla.

¿No es verdad?

En Lisboa ha habido tiros en el palacio real....

Se dice con gran misterio que algo de particular viene ocurriendo en Lisboa cuando las tropas están sobre las armas, queriendo hacer algo singular....

¡La República amanece por allá, por Portugal!

Le doy mi enhorabuena á *El Liberal* de Sevilla.

Publica hoy, casi íntegro, el discurso, ó el sermón, que pronunciara ayer el señor D. Servando Arboli, aspirante á obispo, en las honras fúnebres celebradas en la Catedral por el descanso del alma del que fué Padre Santo.

Al principio, cuando abrí el periódico, me creí fundadamente que era *El Correo de Sevilla*, y le eché la culpa al repartidor; pero... luego me convencí: era *El Liberal*.

—Entonces—me dije—la oración pronunciada por este señor Arboli deberá ser una oración de tres bemoles y no una vulgaridad. Arboli tiene fama de ser un orador concienzudo.

Veamos:

"El Papa ha muerto—dice—pero el Papa vivirá eternamente hasta que llegue el día en que el último de los Pontífices entregue las llaves al Príncipe de los pastores, terminando la historia y siendo ya el día de la eternidad."

Querido *El Liberal*: ¿Y para copiar esta solemne tontería has hecho trabajar á Orejuela, teniéndole allí al pie del púlpito aspirando malos olores?

—Siga usted leyendo: por un grano no se juzga la cosecha.

Bueno; seguiré:

"También recordó las palabras del conde de Mestre: "La Iglesia vuelve á comenzar, y necesita hoy, como en sus principios, apologistas y mártires."

Pero, señor mío, ¿entonces qué virtud es la de esa Iglesia, cuando, al través de tantos siglos, y de tantas víctimas, y de tanta sangre derramada, todavía no ha podido dar fondo y echar el áncora con la mayor tranquilidad?

El *hace falta mártires* bien se puede traducir porque hace falta que venga la Santa Inquisición, para que los mártires sean del lado allá. Del lado de la Iglesia no hay mártires, porque yo no creo que *don Virtuoso* sea un mártir con un hermoso palacio por cabaña y con seis mil duros de sueldo conocido y los miles sin conocer.

Pero, en fin, no quiero que se me tome por sectario.

Dejaré la palabra al colega y que éste nos diga las profundidades del Sr. Arboli. Léase:

"Recordó á Sevilla los títulos especiales de gratitud que esta ciudad le debía; la hospitalidad que había ofrecido á León XIII en días aciagos; el aprecio que aquél había hecho del mensaje de Sevilla, felicitándole por su encíclica sobre la filosofía de Santo Tomás, y, por último, la ternura de padre con que había recibido la última peregrinación sevillana."

¡Vaya, vaya!

Esto no es ccsa de tomarlo por lo serio.

La *ternura de padre* con que recibió á la última peregrinación, fraguada para la conquista del capelo cardenalicio, no pudo salir más mal.

La peregrinación volvió á Sevilla sin el dinero que llevó y sin el capelo que pedía.

Ese párrafo le sabría á acibar á *don Virtuoso*.

Pero... ¡ya caigo en la cuenta!

El Sr. Arboli es una de las personas de quienes tiene celos el Sr. Spínola, y *El Liberal*, por hacer rabiarse al dulce pastor, como él mismo se llama, le da importancia á Arboli.

Entendido, entendido.

Pero quedamos en que, si la oración pronunciada está reflejada en los apuntes de *El Liberal*, hay que quitarle *hierro* al talento de Arboli.

Eso lo hubiera dicho el cura Lázaro por dos pesetas de jornal.

"El Sr. Gasset dictará disposiciones encaminadas á la mejora del servicio de ferrocarriles..."

¿Qué se apuestan ustedes á que no tarda un mes sin que el Sr. Gasset sea nombrado Consejero de las Compañías?

¿Y qué se apuestan ustedes á que las Compañías siguen como están?

¡El que no te conozca que te compre, Gasset!

Entre los que no te conocen están los jerezanos, quienes están creído que van á tener su pantano de Guadalquivir.

Dice un periódico de Valladolid:

"Dícese que alguno de los actuales ministros no está conforme con el decreto concordado y que se suspenderá su publicación.

Bueno, pero entretanto, ¿qué hacemos de los frailes?"

Mantearlos.

Digo, mantenerlos.

¡Pobrecitos! Si han hecho voto de no trabajar.

Ya que tienen esa virtud, hagamos porque la conserven todo el tiempo que puedan, para mayor gloria de Dios y para mayor descanso de sus costillas.

Le advierto á *El Noticiero* que queda encima *El Liberal*, porque el último que habla es el que parece tener más razón.

—¿Pero va usted á meter el palo en candela?

¡Si estamos aburridos con este calor!

Son dos buenos muchachos, y todo es obra del ingenio. ¡No hay que temer!

Los maestros de la Escuela Normal de Sevilla se han dado por ofendidos porque no les han remitido invitación para asistir á las honras fúnebres por el Papa.

Ya decía el público que asistió: —Pero... ¿y los maestros de la Normal, dónde están?

Indudablemente, ¡se notaba un vacío!

Los maestros de la Escuela Normal de Sevilla y León trece... primos hermanos.

Los maestros pueden muy bien sacarse la espina de esa desatención.

Haciendo ellos unos funerales particulares, encargándoles á los curas que, cuando entonen el *Dies irae*, digan que es por cuenta de ellos.

¡De las cosas que uno se entera cuando se muere un papa!...

Oigan:

"El P. Zeferino González fué creado cardenal *no siendo hijo legítimo*; en ningún Cuerpo eclesiástico hay más bastardos que en el Sacro Colegio, donde siempre han cabido todos los segundones de las familias poderosas y los hijos adulterinos de reyes y príncipes."

¡Los pañales del Sacro Colegio son de envidiar!

¡Caracoles!

Esto que pongo á continuación es de *El Globo*:

"Vestir al desnudo. Esta es una obra de caridad.

Y porque es una obra de caridad entra en el proyecto de la "Asociación de Señoras protectoras del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús", Asociación que, si pone ese letrero en su local, ocupará, sin duda, con él toda la fachada de la casa. Pero vamos al caso, y el caso es que esas señoras protectoras, etc., han adquirido para sus asilados la contrata de trajes para el Cuerpo de bomberos, comprometiéndose á darlos un 30 por 100 más baratos del tipo de la subasta.

Y como el comercio, que paga contribución y local y dependientes, no tiene señoras que le protejan, constituidas en Asociación, ha salido de la subasta con la cabecita gacha. Y allá, en el plácido convento, á fuerza de querer vestir al desnudo, acabarán por desnudar á los vestidos."

El Globo debe leerle ese sueltcito á su redactor encargado de escribir el artículo de fondo.

En el que ha dicho más de una vez que la monarquía nos ha traído la paz y el bienestar que gozamos.

Porque eso de afirmar al principio lo

que después niega apenas se da de cara con una asociación de señoras del Sagrado Corazón, no me parece formal.

El Liberal de Sevilla contra el Ayuntamiento de ídem:

"El Ayuntamiento, representación sintética de una localidad, es un cerebro que piensa, que ordena y que dirige, según lo que el organismo manda.

Y cuando ese cerebro recoge bien las sensaciones del organismo, las más sutiles sacudidas de la complicada red de fibras que constituyen las vitalidades de los pueblos, nunca se defraudan las esperanzas de éstos.

Sevilla, por desgracia, no puede envanecerse de poseer un cerebro lúcido, bien equilibrado, impresionable, capaz de transmitir el hondo llamamiento del cuerpo social."

Yo no sé lo que dirá el Sr. Checa cuando se entere de que *El Liberal* no lo tiene por cerebro lúcido; pero, como si lo oyera, exclamará tristemente:

—¡Y decías que me amabas, Alfredo!

CARRASQUILLA.

Relaciones exteriores

No podemos calificar de salto de tapan las declaraciones que hizo Silvela en su último discurso ante el Congreso, cuando ya sabía que no era presidente del Consejo de ministros, pero sí de recorrer el velo tupido con que hacía mucho tiempo venían cubriéndose las cédulas internacionales a que se dedicaba el marqués del Muni, de acuerdo con Silvela, quien desde su primera etapa de gobierno inició las aproximaciones a Francia.

Fuimos los primeros en denunciar al país, cuando la rebelión marroquí se hablaba en su etapa fulminante y los impresionables veían derrumbado al actual sucesor del califa, lo que ocurría, declarando terminantemente que íbamos a una inteligencia, alianza o lo que sea en la jerga cancilleresca, con Francia, pero no por ministerio propio ni con personalidad propia, sino atados al carro del Gobierno de la República, que llevaría toda nuestra representación en el problema marroquí y en algún otro de los que preocupan a Europa.

Como sucede siempre que se trata de publicaciones modestas, nadie nos hizo caso, y las negociaciones siguieron sin que la prensa se apercibiera de ellas ni diera la voz de alerta, hasta que Silvela, adelantándose a la información periodística, y por razones de conveniencia propia, dió la nota atrevida que conoce ya España entera, y que a su gusto y desde su especial punto de vista discútese en parlamentos y comentase en periódicos. Y triste es decirlo. Las opiniones están contextes en que estamos comprometidos en otra empresa humillante, por el papel que se nos reserva.

Seremos pupilos de Francia, y la diplomacia francesa y el Gobierno francés llevarán la voz y sumarán a su voto el de España en las cuestiones internacionales a que alcanza el pacto en que nos han comprometido los conservadores. Y ahora que ya es tarde, la prensa independiente se revuelve airada y pone el grito en el cielo para protestar de un hecho que no se hubiera consumado si a tiempo hubieran promovido la campaña adecuada para evitarlo.

No podemos ser sospechosos en nuestros leales y sinceros afectos respecto de nuestros vecinos del otro lado de los Pirineos. Admiramos, como el que más, las brillantes cualidades del pueblo francés, y todas nuestras simpatías están con el Gobierno de la República, por las grandes empresas que ha acometido y realizado, singularmente en lo que afecta a la emancipación de las conciencias y a la sacudida del inmenso pulpo frailuno que dominaba aquel país como domina el nuestro; pero no podemos suscribir, sin una verdadera abdicación de nuestro patriotismo, esa manera de inteligencia tutelar o de pacto de protección en que nos han metido los equivocados estadistas que rodean el trono de Alfonso XIII, que si no es un nuevo pacto de familia, implica mayores desvergüenzas que aquél, porque en el primero el rey Carlos tenía representación propia, y en el actual el firman

del Estado español lo suscribirá el representante de Mr. Delcasse.

Esto, ni lo hace España, ni lo suscribiría Francia, que nos tiene en más; lo hacen los ministros del rey para congraciarse con el Gobierno francés, a cambio de su apoyo contra la revolución que avanza.

A. A.

AL PASAR...

Le ví casualmente hace algunos días en los bosques del Pardo.

Estaba yo con Castrovido y Menéndez Párrales, admirando la belleza sombría y monótona de las seculares arboledas del real sitio, cuando pesó él en un landó tirado por briosas mulas.

A no ser por las convicciones políticas, hubiese descubierto mi cabeza por un sentimiento de conmiseración. Soy padre y no puedo evitar un movimiento de lastimera simpatía cuando veo un niño ó un adolescente enfermo de anemia ó de tisis, con el sello de la muerte impreso en el rostro. Pienso en mis hijos, y aunque el enfermo haya nacido en lo alto, le compadezco, porque al fin, ¿qué son las diferencias sociales, inventadas por la ambición de los hombres, y qué todas las majestades y los respetos de la autoridad, que duran a lo más unas cuantas docenas de años?... Tristes comedias humanas que terminan apenas se apaga la luz de la vida, y en las cuales no hay más que un protagonista inmortal y verdadero: el gusano, señor de la tumba.

Mentira es la majestad y el poder de la monarquía, pues al rey, con manto de armiño, cuyas manos besan los generales cubiertos de cruces, con todas las costuras del traje bordadas de oro, y a cuya voz se mueven los regimientos como filas de autómatas: le basta que un microbio haga nido en sus pulmones para caer de cabeza en la tierra: pudiéndose lo mismo que el por Diosero. Mentira la riqueza, que no puede concebir dos estómagos, ni aumentar los órganos del placer, y que no retarda indefinidamente la llegada de la muerte. Mentira las religiones, que por lo mismo que tuvieron un principio, encuentran un final y perecen como los seres humanos cuando el gusano destructor de la crítica roe el altar y carcome los pies de los ídolos. Todo es artificia, y deleznable; todo pasa y se transforma: la autoridad, la riqueza y la divinidad; lo único que queda eternamente de pie, dominando el mundo, lo único cierto, es la gran justiciera, la Muerte.

Por algo los artistas medioevales, atropellados por el barón feudal cubierto de hierro, y explotados por el opulento abad, que prometa el cielo apoderándose de los bienes de la tierra, buscaron consuelo a sus males inventando las famosas *Danzas de la Muerte*, en las cuales el calvo esqueleto, con su guadaña inexorable, arrebató al emperador en su trono, al obispo que suda de gula junto a la mesa cargada de manjares, y al avaro entretenido en contar las monedas arrancadas al pobre.

La muerte es un consuelo. No hace tolerar la tiranía, la explotación y la injusticia. La gran igualdad ante la muerte hace llevadera la existencia. Sin la dulce esperanza de que llegará la hora dulce y desesperada del aniquilamiento para el poderoso imbécil ó malvado, para el rico insolente, para el juez injusto y para el ingrato que paga los beneficios con insultos, la vida sería el mas horrible de los infiernos.

Le ví pasar por las sombrías arboledas que daban al paisaje un tinte ascético; moviendo su cuerpo desmedrado con el balanceo del negro carruaje, semejante a un enorme atadú. Los bosques del Pardo son tristes y sombríos, como lo fueron siempre los reyes españoles. El negro ha sido durante varios siglos el color favorito de la corte de España. Cuando un rey tuvo cierta predisposición artística, como Fernando VI, en vez de gustar la alegría de vivir, murió de melancolía escuchando las arias de tiple con que le atrullaba femenilmente Farinelli el capón. Cuando nacieron, con los oídos del espíritu cerrados a cal y canto para las voces de la belleza, pasaron los años en estos bosques inmediatos a Madrid, persiguiendo, escopeta en mano, con ardor fratricida, a las reses cornudas y bostezando de fastidio en los descansos de la caza, mientras las reinas se alejaban cogidas del brazo de algún guardia de Corps.

No se vive impunemente durante tres siglos en marital contacto con la Inquisición, ejerciendo el poder como simples delegados del Papa, bajo la dirección de obispos, jesuitas confesores y poderosas órdenes monásticas, que sólo dejaron a la monarquía española su apariencia de

poder real, haciendo de ella una aplastante república teocrática.

La tristeza del catolicismo penetró hasta la médula de los reyes españoles. Mientras cantaban las fuentes en Versalles entre ninfas de mármol, y los caballeros de Luis XIV mariposeaban con sus trajes multicolores, impúdicos como paganos, en torno de las bellezas pródigas de sus cuerpos, la corte de España, vestida de negro, con el rosario al cinto, asistía al quemadero y se ceñía la cinta verde del Santo Oficio, honrándose con el cargo de alguacil ó criado de los achicharradores de herejes.

Mientras la humanidad, enardecida por el soplo carnal del Renacimiento, admiraba a Apolo y rendía adoración a las Venus descubiertas por el arado entre los escombros de las catástrofes medioevales, el tipo de suprema belleza para la monarquía española era, como siempre, el ajusticiado de Judea, el Cristo polvoriento y negruzco de las viejas catedrales, con la boca lívida, el tronco contraído y esquelético, los pies huesosos, y derramando sangre, mucha sangre, el líquido amado por las religiones cuando apunta la duda, cuando la fe flaquea, y, considerando la ineficaz palabra: se echa mano a la espada.

Por esto la monarquía española ha bostezado de tristeza, transmitiendo la melancolía de una a otra generación. Es la monarquía católica por excelencia. Si de vez en cuando surgió en ella alguien alegre y satisfecho de la vida, fué porque en el líquido azul de las maternales arterias penetró una inyección de savia plebeya, como penetra el rayo de sol en la habitación del enfermo.

Carlos II fué la caricatura de los Austrias. Su barba huesosa, aguda y prominente de imbecil, recordaba la poderosa mandíbula del emperador Carlos V, como el cráneo obtuso del gorila recuerda el del hombre.

Digo esto, porque el pobre sér que ví una tarde, entre obscuras arboledas, me pareció la caricatura del rey embrujado. ¡La caricatura de un sér que a su vez fué la caricatura de otro! ¡El colmo de la pobreza física, de la miseria vital!

Su débil cuerpo, fortificado por la gimnasia, por toda clase de *sports* y una higiene minuciosa, impuesta por la tiranía del egoísmo maternal, parecía esbelto y se mostraba animado por el soplo de una mustia juventud. Era como el exterior de esas casas, débiles por dentro, en cuya fachada se pintan bloques robustos y poderosas pilastras.

En el rostro se delataba la frágil mentira de tantas precauciones adoptadas contra la muerte. Era el sér engendrado en plena tisis, en el último mes de existencia de un tuberculoso. Contra las fuerzas misteriosas de la muerte nada pueden las precauciones de la sabiduría ni las abstinencias que impone el cariño maternal.

Los ojos brillaban, empañados y macilentos, en lo mas hondo de unas ojeras que invadían gran parte de las mejillas; la piel no tenía ese jugo de vida que parece barnizarla, era amarillenta y mate, como si tras de ella, en vez de circular sangre, se extendiese una oleada de salvado; y la mandíbula inferior pendía inerte, colgaba como muerta, sin esa energía instintiva que nos hace apretarla y mantenerla pegada al cráneo a todos los seres de buena salud.

¡La boca siempre abierta, respirando por ella, y no por la nariz, con el ansia de tragar mayor cantidad de vida, de absorber más aire, de dar mayor alimento a los aparatos heridos de muerte, que poco a poco se detienen en su funcionamiento!...

De vez en cuando, el pobre sér se da cuenta de su triste gesto, y con una violencia de la voluntad sube la mandíbula, apretando los dientes; pero le fatiga el esfuerzo y otra vez vuelve a pender el hueso de sus ligamentos aflojados y reaparece la expresión de cansancio, de desaliento y de tristeza, en aquella mascara de enfermo, última manifestación de una raza que se extingue.

¡Pobre adolescentel! ¿Para qué ha nacido? ¿Qué va a dejar de su paso por el mundo? ¿Por qué la Naturaleza, que muchas veces niega su fecundidad a seres fuertes, se mostró pródiga en el ayuntamiento sin amor de un tísico moribundo y una mujer austera, de mucosa aliva, desprovista de encantos femeniles?...

Nada le importa tener caballos, carrozas, servidores uniformados que le saluden y papanatas que le aclamen. Mejor hubiera sido para él no asomar a la vida, permanecer en el limbo de los privilegiados que no llegan a formarse.

Semejante al escudero de D. Quijote que, cuando al fin se vió en las abundancias de Baratario, tuvo al lado un doctor Recio de Tirteafuera para contrariar sus apetitos, ese pobre sér no puede gozar en completa libertad las dulzuras de la escasa vida que le resta.

Le pagan miles de duros por cada minuto de su existencia; pero el oro no puede proporcionarle una gota de sangre nueva que sanee el veneno hereditario de sus venas.

No puede fumar, no puede beber, como lo hace cualquier estudiantillo de su edad, ocultándose de sus padres.

Le rodean hermosas mujeres, y si siente subir a lo largo del espinazo el alegre cosquilleo de la juventud, la savia de la primavera de la vida, la predisposición genésica de una familia que sólo fué notable y alcanzó victorias en las luchas de amor, tiene que permanecer frío y austero ante la mirada vigilante de la que sabe que el apasionamiento carnal puede acabar rápidamente con una vida débil y macilenta.

Y como fin de tantas privaciones, de una abstinencia triste y dolorosa... la muerte inevitable.

¿Para qué habrá nacido el pobre sér?

Algo hay en él todavía más triste y que inspira mayor lástima

Semejante a la protagonista de una novela de Suderhman, que agoniza adivinando el deseo de su hermana de que muera pronto para satisfacer sus apetitos, ese pobre sér presiente cuáles son las aspiraciones de los que le rodean.

Tiene una hermana que cuenta con su muerte como con una fortuna segura; tiene un cuñado que espía la marcha de su enfermedad, considerando inevitable un próximo desenlace, y si no lo acelera, es porque confía en lo rápido que es el tiempo para ciertos enfermos.

El infeliz ve flotar el terrible deseo en torno de él; siente el toce de las alas negras del pensamiento fraternal, que parece murmurar en su oído:—¡Muérete pronto! ¡Tu herencia nos pierde necel!...

El lúgubre deseo se cumplirá pronto. La Muerte llegará, pues aunque los poderosos la engañen y entretegan, es por poco tiempo.

Ese pobre adolescente, ojeroso y de mandíbula colgante, que he visto en un landó entre obscuras arboledas, por ley fatal de su nacimiento, no tardará en cerrar la boca para siempre, saliendo de un mundo en el que no despertó entusiasmos ni rencores, y al cual nunca se brá para qué vino.

El final es seguro, y hay que pensar si los prientes odiados que espían esa muerte lenta recogerán la herencia del triste engendro de una exúrpe agotada.

Y hay que ver si se dejarán arrebatar una vez más los innumerables y legítimos herederos lo que es suyo y hace tiempo está usurpado por una familia que parece llevar en su tristeza el castigo de pecados seculares.

BLASCO IBAÑEZ

LOS PERROS

Ya saben ustedes que el perro, desde la antigüedad, es un símbolo.

Todos los sistemas filosóficos han glorificado a este animal... llamado así por los naturalistas, y que, sin embargo, es lo menos animal posible.

Asegura un primo mío, y no ha estudiado en universidades ni en institutos, que el perro pertenece a una raza superior.

No creo yo tal; pero algunas veces me he quedado pensando:—¿Quién sabe?

—¿Quién sabe?—repito, en instinto, sí, indiscutible. Donde el hombre no llega valiéndose de los ojos, rastrea él, valiéndose del olfato. Una ventaja. Donde el hombre acaba, empieza el perro. Otro triunfo.

Alguien ha dicho:—¿Qué le falta al perro para ser hombre? Hablar.—Un filósofo persá, a quien leo muy a menudo, ha enmendado este aforismo:—¿Qué le falta al hombre para ser perro?—Todo lo que de noble tiene el perro: la fidelidad.

En esto de la fidelidad se encierra toda la filosofía humana y toda la filosofía perruna... aunque ustedes se burlen.

Pero conste que no es caso de risa. ¿Qué es lo que ustedes desean que sea, en sus más grandes intimidades, afecto hasta lo inverosímil? ¿La mujer? Para ponderar su devoción, dicen:—Es fiel como un perro.—¿El amigo? Exclaman:—Ni un perro puede compararse.—Para expresar la más entera servidumbre de que cualquiera nos pertenece, "es un perro" decimos todos.